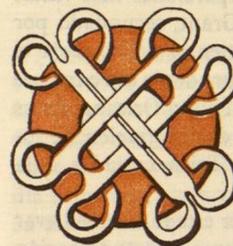


RICHMOND Y SADOWA



LENTO como Juárez, paciente como Juárez, Lincoln se distinguía del Presidente mejicano en que no superaba sólo moralmente, por la voluntad, á sus colaboradores, pues había logrado hacerse dueño del recurso de la palabra, recurso supremo en una democracia. Había logrado también, y en esto igualmente Juárez puede equipararsele, con un poder de asimilación sorprendente, penetrar en todas las profundidades de la crisis nacional que dió causa á la guerra separatista. Seward,

lleno de petulancia, pero también de nobles y útiles cualidades, era el ciudadano cuya cooperación más importaba al nuevo Presidente. Lincoln la aseguró, desdénando los defectos y apreciando las virtudes del secretario de Estado. El extremado vigor mental de Lincoln, que le permitió adquirir, conservar y dominar á Seward, es un hecho histórico que se aprecia menos de lo que vale. Gracias á él, pudo el Gobierno hacer frente á la rebelión, con un grandioso programa. En esencia era éste : desarrollar en el Norte las riquezas latentes de inmediata explotación, para dominar con ellas al partido separatista. La fuerza del Sur era enorme, pero limitada : consistía en su organización, por haber pasado al territorio rebelde todas las armas y todas las municiones existentes, y por contar con casi todo el ejército que había desertado del Norte. La fuerza de éste era, por consiguiente, fuerza potencial, ilimitada, susceptible de una expansión prodigiosa. Era la fuerza envolvente de su industria, de su población que se desbordaba hacia el oeste, de su Mississippi que penetraba como una brecha en el territorio separatista.

En el primer año de la contienda, los separatistas impusieron su indiscutible

superioridad técnica en las campos de batalla entre las dos capitales; pero á la vez que, con la sangrienta acción de Mannassas, el Sur hacía creer en su victoria definitiva, las campañas laterales del oeste ponían en manos del Gobierno federal las márgenes del sur del Missouri y del Ohio, y la parte superior del Potomac. Dominaba, pues, tres de los Estados esclavistas, Maryland, Missouri y Kentucky, así como los distritos del oeste de Virginia. Pero estos hechos parecían demasiado insignificantes en Europa, que sólo veía ó quería ver la superioridad de Johnston y Beauregard sobre McDowell.

☪ El vencedor del oeste, McClellan, pasó al oriente para repetir sus victorias; pero la campaña de 1862 le fué funesta. Su invasión, por mar, de la Virginia, encontró, como obstáculo, el genio de dos hombres superiores, Roberto E. Lee, que sucedió á Johnston, herido en Fair Oaks, y el temerario Tomás J. Jackson, MURO DE PIEDRA (Stonewall), así llamado por su inmovible resistencia á las cargas del enemigo. McClellan, derrotado, dejó el mando á Pope, que tuvo menos fortuna y fué sucedido por su antecesor McClellan, después de una segunda derrota de Mannassas, pasando por último el mando á Burnside, igualmente inferior á los dos sorprendentes generales del Sur.

☪ Mas á la vez que de tal manera acababa el año de 1862, con ininterrumpidas derrotas para los federales, en el oeste continuaban en proporciones más vastas los buenos resultados de la campaña anterior. Ulises S. Grant, secundado por el comodoro Foote en los ríos y por el comodoro Farragut en el Golfo, abrió el Mississippi á las fuerzas federales que bajaban hasta Vicksburg desde el Tennessee y subían desde la desembocadura, después de la toma de Nueva Orleans. Éstas eran conquistas, más aún que victorias. Significaban la desintegración de los confederados con la separación de Luisiana, Arkansas y Tejas, cortadas á la retaguardia de las fuerzas federales del oeste.

☪ Fortificado con esto y con la imposibilidad en que había estado Lee de llevar una campaña ofensiva á Maryland, Lincoln dió la proclama de emancipación de los esclavos, y esto imprimió á la guerra un sello de pasión que no podía darle el ser únicamente en defensa de la Unión amenazada. El Sur era una oligarquía, sin conexiones con la civilización contemporánea, encerrada por las fuerzas federales, bloqueada en el Atlántico y en el Golfo, y, sobre todo, definitivamente distanciada por los cuantiosos recursos del Norte que diariamente se ponía en mejores condiciones materiales para dominar. Por entonces, el MONITOR de Ericsson, con su apariencia miserable de CAJA DE QUESO YANKÉE, operó una completa transformación de las operaciones navales, poniéndose en contacto con el VIRGINIA de los sudistas. Pronto desapareció el corso confederado, y el comercio marítimo renació en beneficio exclusivo del Norte, que estrechó cada vez más el bloqueo.

☪ Tales eran las condiciones de la guerra cuando Puebla se alistaba para el sitio. Durante el año de 1863, Grant completó los resultados de su campaña anterior con la toma de Vicksburg, y el teatro de la guerra en el oeste se trasladaba á Georgia por el Tennessee, metiendo una nueva clava en el territorio sublevado. Mientras tanto, en Virginia, los federales, con un nuevo jefe, Hooker, sufrían

la derrota de Chancellorsville, y Lee procuraba otra vez la invasión de territorio enemigo, dirigiéndose en esta ocasión á Pensilvania, de donde volvió rechazado en Gettysburg.

☪ Á principios de 1864, el general Grant tomó el mando de las fuerzas federales, y comenzó la serie de operaciones que estrecharon á Lee, reduciéndolo á la defensa de Richmond y Petersburg. Mientras Juárez salía de Monterrey, sufría el desastre de Majoma y se instalaba en Chihuahua; mientras Maximiliano creía organizarse, viajaba por el interior y resolvía en el sentido de la Reforma las cuestiones fundamentales planteadas por los reformistas, Grant se ocupaba en el sitio de Petersburg, preparatorio de la caída de Richmond. Sherman procuró cortar en el oeste al ejército confederado, y lo consiguió con la toma de Atlanta; siguió su penetración hasta llegar á Savannah, se dirigió á la Carolina del Sur y dió caza á Johnston para impedirle que auxiliara á Lee. La guerra podía decirse decidida desde que se abrió la campaña de 1864. Al comenzar 1865, terminó con la ocupación de Richmond y la rendición de Lee, completamente privado de recursos y agotado por sus esfuerzos heroicos para abrirse paso á través de las gruesas líneas que lo cercaban.

☪ ¿De qué manera seguía Juárez las vicisitudes de la guerra separatista y el anuncio cierto de su desenlace favorable á la causa de la Unión?

☪ D. José María Iglesias, encargado de explorar el horizonte y de dar cuenta de sus observaciones periódicamente, como diestro que era para descubrir por el vuelo de las aves el secreto de los dioses, ó, sin metáfora, para ver por dónde podía comenzar á levantarse el nublado, en una de sus revistas decía : «1864 muere en estos momentos : 1865 nace lleno de mil promesas halagüeñas.» No importaba que el Gobierno de los Estados Unidos se manifestase siempre duro, frío, implacablemente apegado á la sentencia de Washington que le vedaba tener filantropías en su política internacional. Los tiempos iban á cambiar : ya se anunciaba el albor de una diplomacia impregnada de valiente monroísmo. El ejército la pedía. Pocos meses antes de la toma de Richmond, en octubre de 1864, Don Manuel Doblado había ido de visita al cuartel general de Grant, con D. Matías Romero. El general mejicano fué recibido como un triunfador, y al recorrer las líneas del ejército del Potomac, se le aclamó con entusiasmo. Los generales Grant, Meade y Butler ofrecían sus servicios á la causa de la República Mejicana. Ya estaban para terminar sus fatigas; pero un ejército victorioso no puede ver sin tristeza el fin de la guerra. Grant y los suyos decían, y lo repitieron después con insistencia, que la paz no estaría asegurada mientras tuvieran que expulsar á los franceses del territorio mejicano.

☪ El pueblo simpatizaba con esta resolución del ejército. Los diputados y senadores que trataban de afianzar ó aumentar su influencia política, hablaban de la doctrina de Monroe y pedían á gritos su aplicación en la cuestión de Méjico. Los ciudadanos se aprestaban á inscribirse como voluntarios en las expediciones

proyectadas. La fácil destrucción del gobierno de Maximiliano estimulaba el orgullo patriótico, que no quería prescindir de una nueva gloria militar. Aun se trató de asociar á los jefes confederados para que con la expedición de Méjico limpiasen el desdoro de su rebelión.

¶ Mas, por fortuna para nosotros, muerto el gran Lincoln y restablecido Seward de las heridas que sufrió en un atentado brutal, pudo el secretario de Estado imponer la continuación de la política de abstención y prudencia; y decimos por fortuna, persuadidos de que un auxilio militar prestado en aquellas condiciones habría sido funesto para la nacionalidad.

¶ No bien comenzó á sonar en Méjico el proyecto de contraintervención, los partidarios del Imperio dieron en designar como traidores á Juárez y á los suyos. Traer á los norteamericanos era vender el territorio, que ellos trataban de rescatar con los elementos de una intervención europea. Los días de prueba se acercan, decían los redactores de LA SOCIEDAD, órgano autorizado de los conservadores. Primero habían querido negar la evidencia, afirmando que el Sur no sucumbiría; mas cuando llegó la noticia de la rendición de Lee, creyeron irremisible una invasión provocada por el partido republicano. Y comenzaron de nuevo las recriminaciones, recordándose los acontecimientos de Antón Lizardo y las cláusulas del tratado McLane-Ocampo. Los franceses habían venido á impedir que la demagogia juarista vendiese el territorio nacional á los norteamericanos: así lo habían dicho en sus proclamas los generales de Napoleón. ¿Á pesar de todo, se consumaría la traición republicana? Bien sabían los enemigos de la República cuán fácil era para los norteamericanos destruir en un día la obra intervencionista.

¶ Desde entonces ha venido repitiéndose la acusación. Si Juárez no nos vendió, fué porque el azar se interpuso para salvarnos. El azar en este caso se llamó Seward, que no quiso territorio mejicano. La acusación consta de dos capítulos: traición directa consistente en promesas de venta de la Baja California y Sonora á los Estados Unidos; imprevisión punible por haber procurado traer fuerzas norteamericanas que de aliadas se habrían convertido en conquistadoras.

¶ A fines de 1864, D. Matías Romero pasó por una crisis nerviosa que alteró notablemente sus ideas, de ordinario firmes, aunque lentas, penosas y poco sintéticas. D. Matías oyó decir que al reelegirse á Lincoln, el Gobierno de la Unión reconocería el Imperio de Maximiliano, á cambio de un servicio igual que le prestaría Napoleón. De pronto creyó que la noticia era absurda, opuesta á la voluntad claramente manifestada por el pueblo de los Estados Unidos y en contradicción con los intereses nacionales. Mas en un viaje á Nueva York se le confirmó la especie por persona digna para él de todo crédito. ¿Qué hacer para contrarrestar la resolución desastrosa de Mr. Lincoln y Mr. Seward? Veda tres modos de influir para que eso no se realizase: el primero era provocar manifestaciones

populares; el segundo, hacer explicaciones confidenciales que patentizaran los malos resultados del reconocimiento de Maximiliano, y el tercero hacer promesas que neutralizasen las ventajas esperadas del Gobierno francés. Para los dos primeros puntos del programa, no tenía que hacer sino dirigirse á los muchos amigos de Méjico y partidarios de la doctrina de Monroe que había en los Estados Unidos, para que, por la vía de las declaraciones públicas y de las explicaciones privadas, impidiesen una política contraria al americanismo tradicional. Por lo que hace al tercer punto, la cuestión es de tal gravedad, que merece una especial atención. Romero se expresaba así al hablar de venta de territorio mejicano: «Un amigo de nuestra causa, y que es persona que tiene intereses en Méjico, nos había propuesto al Sr. Doblado y á mí, como el mejor y único modo de conseguir fondos con que comprar armas y activar la guerra para arrojar al invasor de nuestro territorio, y de empeñar á este Gobierno en nuestra causa, la venta á los Estados Unidos de la Baja California y una parte de Sonora, que diera á este país un puerto en el Golfo de Cortés. Yo deseché desde luego esta indicación.» Y á continuación, monologando, dice que «la gravedad y la naturaleza del asunto no le permitían formar una determinación. Al hablar de determinación, continuaba, me refiero sólo á usar de ese expediente, con objeto de impedir el reconocimiento; pero sin tener la mira de resolver por mí mismo una cuestión de tanta trascendencia para nuestro país, y en contra de la cual están, como usted sabe, todas mis ideas y mis deseos.»

¶ D. Matías disparataba. ¿Qué necesidad había de que asegurase cuáles eran sus ideas y propósitos en una cuestión que no dependía ni de sus ideas ni de sus propósitos? Y luego había que ver la ligereza de dar por cierto el reconocimiento de Maximiliano como concesión del Gobierno de Lincoln, para comprar de Napoleón el desconocimiento de la Confederación, agonizante ya, según las propias noticias de Romero á su Gobierno.

¶ El 22 de octubre, es decir, tres días después de sus informes alarmantes sobre el reconocimiento del Imperio, habló de una comida á que se le invitó con el general Doblado en la casa de Seward. «Mr. Seward hizo en el curso de la comida frecuentes alusiones á los asuntos de Méjico, y en todas ellas daba á entender que estaba muy lejos de querer reconocer el Gobierno de Maximiliano. En una ocasión llegó hasta decir que no consideraría terminada la cuestión actual en los Estados Unidos, sino hasta que no hubiera dependencia ninguna europea en el continente americano, y hasta que todo él estuviera regido por instituciones republicanas. La impresión que me quedó, después de haberlo oído, fué la de que, ó es el hombre más falso que existe sobre la tierra, que sin necesidad hace alarde precisamente de lo contrario de lo que siente, ó que no había pensado en comprometerse en reconocer á Maximiliano. Después de haber visto otros muchos incidentes que sería largo enumerar aquí, he llegado á creer que el segundo extremo es el fundado.» Con todo, el ministro Romero siguió tramitando el expediente de la cesión de territorio. Ya lo había iniciado, y en su espíritu, que era un reloj por la exactitud, y más aún por la incapacidad de seguir los movimientos ondulantes de la vida y del pensamiento, no cabía la interrup-